

¿Es lacaniana la crítica como sabotaje?

Manuel Asensi Pérez

manuel.asensi@uv.es
Universitat de València

Fecha de recepción: septiembre de 2014

Fecha de aceptación: octubre de 2014

Resumen: La cuestión central de este ensayo trata de responder acerca de la relación entre la crítica como sabotaje y la teoría lacaniana. Esta pregunta viene motivada por uno de los pilares fundamentales de dicha modalidad crítica: la capacidad de los discursos para modelizar la subjetividad de los sujetos. Partiendo de la desconfianza lacaniana hacia los discursos desenmascaradores, y tomando como referencia la novela de Philip Roth, *Elegía*, el texto se estructura en cuatro apartados donde se van analizando las coincidencias y las diferencias entre el psicoanálisis lacaniano y la crítica como sabotaje. Por una parte, se focaliza el problema de la función desmentidora de la crítica como sabotaje, y se llega a la conclusión de que el proceso de construcción de una «identidad» no es un proceso detenido en un punto de la vida del sujeto, sino más bien una sucesión de reenunciaciones en la que los discursos hacen el papel de un espejo-imagen en la que el sujeto queda capturado. Quizá sería necesario añadir en este punto que en la medida en que el *Ideal Ich* posee un carácter universal, tiene que estar apoyado en una construcción silogística que «convenza» al viviente del tránsito desde el sí mismo al otro que le representa a él. Por otra parte, se mantiene que aunque la crítica como sabotaje puede aliarse clínicamente con la terapia lacaniana, resulta obvio que no es una práctica clínica propiamente hablando, sino una investigación en torno a los mecanismos textuales (silogismos), generadores de modelos de mundo, y a su poder performativo.

Palabras clave: Crítica como sabotaje, modelo de mundo, silogismo, Lacan, transferencia.

Is lacanian the criticism as sabotage?

Abstract: The central question of this essay tries to answer about the relationship between criticism as sabotage and Lacanian theory. This question is motivated by one of the fundamental pillars of such

a critical mode: the ability of discourse to model the subjectivity of the subject. Starting from the Lacanian distrust debunks speeches, and taking into account the novel by Philip Roth, *Everyman*, the text is divided into four sections where it is analyzed the similarities and differences between Lacanian psychoanalysis and criticism as sabotage. On the one hand, it focuses the problem of unmasker function of criticism as sabotage, and it concludes that the process of building an «identity» is not a stopped process at a point in the life of the subject, but rather a succession of reenunciations in which the discourses play the role of a mirror-image in which the subject is captured. Perhaps, it would be necessary to add at this point that to the extent that the *Ideal Ich* has a universal character, has to be supported by a syllogistic construction that «convince» the human being about the traffic from the self to the other that represents him. On the other hand, it is maintained that although criticism as sabotage can ally clinically Lacanian therapy, it is obviously it is not a practical clinical strictly speaking, but an investigation into the textual mechanisms (syllogisms), generating models of world and into its performative power.

Keywords: Criticism as sabotage, word's model, syllogism, Lacan, Transference.

Para Ilse Abigail Rangel Méndez

I

Si tuviéramos que responder a la pregunta del título de forma rápida, la respuesta sería que sí. No obstante, dado que es necesario explicar y demostrar el por qué de esa respuesta positiva, aclaremos que el primer interés de la crítica como sabotaje en Lacan se debe a que nos permite aclarar dos aspectos esenciales de dicha crítica: por una parte, su función desmistificadora y, por otra, la capacidad modelizadora de los discursos.

Cuando en una de sus primeras formulaciones, se decía que el poder modelizante de un discurso se refiere «a la acción consistente en determinar sujetos (cuerpos, gestos, acciones, discursos, subjetividades) que se representan, perciben y conciben el mundo y a sí mismos según modelos previamente codificados...» (Asensi 2011:15), la pregunta que surge es ¿qué quiere decir exactamente eso? O esta otra: ¿qué quiere decir modificar, o como se dice frecuentemente, crear subjetividades?

Por ejemplo, ¿a qué se refiere Suely Rolnik cuando habla de los «procesos de subjetivación»? Su afirmación, cercana a lo que defiende la crítica como sabotaje, «la subjetividad está esencialmente fabricada y modelada en el registro de lo social» (Rolnik

y Guattari 2006: 46), no explica suficientemente por qué es posible esa «modelación». Y aunque exista la creencia, tan arraigada como falsa, de que Deleuze y Guattari hicieron una lectura anti-lacanianista, será precisamente Lacan quien nos ayude a perfilar cómo es posible ese proceso. Ni siquiera la tesis acerca de la textura silogística de los discursos, por fina que sea, llega a explicar con suficiente profundidad tal hecho.

A juzgar por ciertas aseveraciones de Lacan, la función «desengañadora» propia de la crítica de las ideologías, de las mitologías de Barthes, o de la crítica como sabotaje, estarían destinadas al fracaso. Veamos un ejemplo en un momento del seminario en que Lacan habla de la transferencia:

¿A partir de cuándo hay realmente transferencia? Cuando la imagen que el sujeto exige se confunde con la realidad en la que está situado. Todo el progreso del análisis consiste en mostrar al sujeto la distinción entre esos dos planos, en despegar lo imaginario de lo real. [...]. Pero resulta que nosotros no hacemos más que percibir todo el tiempo que la transferencia no es en absoluto un fenómeno ilusorio. Decirle al sujeto: *Pero amigo, el sentimiento que usted tiene hacia mí no es más que transferencia, no es analizarlo. Esto nunca arregló nada.* (Lacan 1981: 349)

Citar la transferencia no es gratuito, dado que esta forma parte de los procesos de identificación y, como tal, ya por lo menos desde Aristóteles y la tradición de la retórica clásica, está incluida en las acciones modelizadoras. Y aunque no sea del todo acertado decir que el sabotaje tiene pretensiones «desenmascaradoras», se puede dar por seguro que aspira a la toma de conciencia de una diferencia entre el modelo de mundo de los discursos y el mundo modelizado y naturalizado. Es de esa «diferencia» a la que se refiere Lacan cuando distingue entre la «imagen» y «la realidad en la que está situado» el sujeto.

Tomemos como ejemplo un pasaje muy significativo de la novela de Philip Roth *Everyman* (2006), traducida en español como *Elegía* (2008). Se trata de un pasaje en el que se habla precisamente de la mentira:

«You can weather anything», Phoebe was telling him, 'even if the trust is violated, if it's owned up to. Then you become life partners in a different way, but it's still possible to remain partners. But lying —lying is cheap, contemptible control over the other person. It's watching the other person acting on incomplete information —in other words, humiliating herself. Lying is so commonplace and yet, if you're on the

receiving end, it's such an astonishing things. The people you liars are betraying put up with a growing list of insults, until you really can't help but think less of them, can you?¹ (Roth 2007: 201-202)

De acuerdo con las palabras de esa «mediadora»² que es Phoebe, todo se «resolvería» con decir la verdad. Una verdad que conduciría a la pareja a vivir sin pasión, en la intimidad de un abrazo cómplice. Al margen de que posiblemente ese «vivir» de Phoebe tenga que ver más con la muerte que con la vida, con la castración más que con el afecto físico y la ternura, digamos que es de esa verdad de la que habla Lacan cuando nos dice que esa revelación no resuelve nada. Ni Phoebe ni su marido ganarían nada más que un cierto reacomodo en el plano de lo imaginario en el que el juego de engaños es constante. Nada más erróneo que tomar el discurso de Phoebe por natural, o referirnos a ese personaje como si representara alguna clase de realidad. Oigámosla y veremos al Otro en manos de otro:³

Yes, passion is gone, she's older and not what she was, but to her it's enough to have the physical affection, just being there with him in bed, she holding him, he holding her. [...]. But he cannot accept that. Because he is a man who cannot live without. Well, you're going to live without now, mister. You're going to live without plenty. You're going to find out what living without is all about! Oh, go away from me, please.⁴ (Roth 2007: 203-204)

¹ «—Es posible sobrellevarlo todo —le estaba diciendo Phoebe—, aunque haya habido una violación de la confianza, si esta es reconocida. Entonces la pareja se relaciona de una manera diferente, pero pueden seguir juntos. En cambio, mentir... la mentira es una forma de control rastrera y despreciable sobre la otra persona. Es ver cómo actúa el otro basándose en una información incompleta... en otras palabras, humillándose. Mentir es algo muy corriente y, sin embargo, cuando eres tú quien recibe la mentira resulta algo increíble. Las personas a las que los embusteros traicionáis soportan una creciente lista de denigraciones hasta que, sin poder evitarlo, bajan puntos en vuestra estima, ¿no es cierto?» (Roth 2008: 102-103).

² De acuerdo con la teoría silogística de la literatura, los personajes no solo son actantes (Tesnière 1976; Greimas 1966), esto es, «una base clasemática que lo instituye como una posibilidad del proceso» (Greimas 1966: 284), sino mediadores de un concepto y/o afecto que sostiene una determinada disposición silogística. En este sentido, Phoebe, es la cara textual de una posición imaginaria ante el mundo de parte del «autor».

³ Obvia paráfrasis del seminario número 16 de Lacan.

⁴ «La pasión ha desaparecido, ella es mayor y distinta a la que era, pero le basta con tener el afecto físico, tan solo estar con él en la cama, los dos abrazados. [...] Pero él no puede aceptarlo, porque es un hombre

Quizá alguien pueda subrayar esas palabras de «Phoebe» dándolas por buenas, afirmándolas, incluso reconociéndolas, sin mostrarse lo suficientemente atento a lo cerca del goce que se encuentra ese supuesto personaje al adoptar una posición masoquista. En el juego de engaños de toda pareja, ella ve en él al sádico capaz de mentirle, de humillarla, de rebajarla. Por ello lo califica de repugnante y dice detestarlo. Pero se posiciona rápidamente como una castigadora sádica que establece una condena y un pronóstico fatal. Ella acaba en posición de un Otro castigador, que es en definitiva el papel conceptual que Roth le hace jugar en esta novela. Lo que ella ve defraudado es su reacomodación en el yo imaginario que la domina, y por ello encarna de inmediato a un Amo cuya principal característica es la tiranía y la condena.

En realidad, el modelo de mundo que representa esta novela de Roth tiene que ver con el castigo que el protagonista sufre por haber transgredido las leyes del Amo, en especial las leyes de la pareja burguesa, aunque también las de la naturaleza. Por ello, todo en esta novela, tanto las frases de la enunciación narrativa, como las del personaje principal están llenas de ansiedad y de angustia. Lacan lo expresa del siguiente modo siguiendo a Freud: «La ansiedad es una connotación, una señal, como siempre lo formuló claramente Freud: una cualidad, una coloración subjetiva» (Lacan 1981: 113). Esa connotación surge ya desde las primeras frases: «Around the grave in the rundown cemetery were a few of his former advertising colleagues from New York, who recalled his energy and originally and told his daughter, Nancy, what a pleasure it had been to work with him» (Roth 2007: 10),⁵ y es el elemento conductor que asocia el tono del personaje principal y el del sujeto de la enunciación que narra y describe. Más adelante veremos, de forma sucinta, que es este elemento una de las claves para contestar a la pregunta: ¿cómo está construido un modelo de mundo en textos polifónicos, en el sentido que le da a este término Bajtín?⁶ Por ahora nos detendremos en este punto acerca de la labor «desmentidora» de la crítica como sabotaje.

incapaz de vivir sin la pasión. Pues bien, ahora vas a vivir sin eso, amigo mío, ahora te hartarás de vivir sin eso. ¡Vas a descubrir qué es vivir sin eso!... aléjate de mí, por favor» (Roth 2008: 103).

⁵ «Alrededor de la tumba, en el ruinoso cementerio, estaban algunos de sus antiguos colegas publicitarios de Nueva York, que recordaron su energía y su originalidad y le dijeron a su hija, Nancy, que trabajar con él había sido un gran placer» (Roth 2008: 11).

⁶ Véase el ensayo que dediqué a esta cuestión (Asensi 2014).

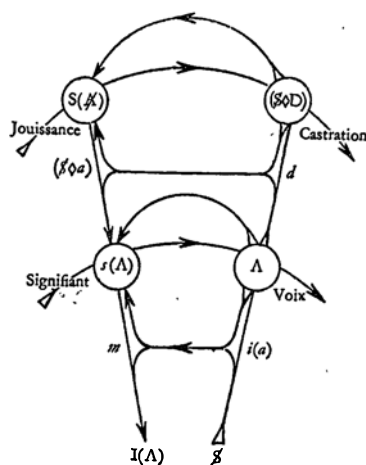
II

Bien podría argumentarse que el hambre y la necesidad de los subalternos tienen poco de imaginario, y que los discursos que tratan de convencerlo de que no vive tan mal, o de que de ese modo obtendrá en un futuro una bienaventuranza, le están engañando. Este solo hecho fundamenta la razón de ser de la crítica como sabotaje. Esta es la razón por la que Paul de Man define la ideología como «la confusión de la realidad lingüística con la natural, de la referencia con el fenomenalismo» (De Man 1990: 23). Sin embargo, podría decirse dónde comienza verdaderamente el proceso de liberación, aún a sabiendas de la necesidad del Otro (en su amplio sentido lacaniano) para quedar anudados al pacto social.

Todo concluiría más o menos satisfactoriamente argumentando que no todas las formas de acomodarse en lo imaginario son iguales y gozan de las mismas ventajas, pero ello designa históricamente un proceso metonímico de lo imaginario que más se parece a un intercambio de posiciones ventajosas que a otra cosa. Retornemos al tópico de la pregunta acerca de por qué se torció la revolución rusa, tal y como hicieron Deleuze y Guattari: «El psicoanálisis es como la revolución rusa, nunca sabemos cuando empezó a andar mal» (Deleuze y Guattari 1985: 61). Por ello, vale la pena seguir interrogándose con Lacan acerca de esa problemática del desenmascaramiento y de la liberación.

Antes hemos afirmado que Deleuze y Guattari leyeron mal o parcialmente a Lacan en *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia* (1972). Y aunque es cierto que muchas malas lecturas han resultado ser a lo largo de la historia muy productivas por lo que han originado (y sin duda el esquizoanálisis lo es). Aunque sea igualmente apropiado decir que toda lectura encuentra su condición de posibilidad en la mala lectura (Derrida y De Man), incluso aunque se puede detectar en Deleuze y Guattari una cierta angustia de la influencia (por decirlo en términos de Harold Bloom, 1973) en relación a Lacan, ello no es óbice para dejar constancia de esa «mala lectura». Dicha mala lectura es perceptible en el momento en el que atribuyen a la obra lacaniana el sostener un «imperialismo del significante» (Deleuze y Guattari 1985: 215), el hacer de este una «máquina despótica y la representación imperial» (Deleuze y Guattari 1985: 212). Helo aquí: «El significante déspota tiene como efecto sobre-codificar la cadena territorial [...] El incesto es la operación misma de sobre-codificación en los dos cabos de la cadena en todo el territorio donde reina el déspota» (Deleuze y Guattari 1985: 216).

Aunque no es este el lugar idóneo para explicar con detalle en qué puntos Deleuze y Guattari leen mal a Lacan,⁷ llama mucho la atención que en todas las alusiones que hacen a los *Escritos*, jamás mencionen el texto titulado «Subversión del sujeto...». ¿Por qué? La razón es clara: en ese ensayo se encuentra la idea de que el significante aparece articulado con un *Autre* faltante, agujereado, que no responde a las demandas del sujeto. Véase, a modo de prueba, la gráfica topológica completa tal y como aparece en el texto de Lacan aludido, donde en el lado superior izquierdo (en el inconsciente) aparece la S del significante vinculado a un Otro barrado (\bar{A}), que nombra del siguiente modo: «Significante de una falta en el otro».



(Lacan 1966: 817).

Ese Otro barrado indica que el «tesoro del significante» y, por ello mismo, el significante mismo, está escindido y no es capaz de responder. Cuando Lacan escribe a este respecto: «Se concibe mejor en nuestra deducción que haya habido que interrogarse sobre la función que sostiene al sujeto del inconsciente, al observar que es difícil designarlo en ninguna parte como sujeto de un enunciado [...], cuando no sabe ni siquiera que habla» (Lacan 1971: 328), está dando a entender que la tumba vacía de Dios es incapaz de decir lo que el sujeto espera de ella. Si Deleuze y Guattari no citan en ningún momento esta

⁷ Remito al lector a un libro mío de próxima aparición titulado *Lacan para multitudes*.

dimensión del problema es porque no les sirve para la construcción de su propia teoría, la cual depende de que Lacan diga lo que, en realidad, no dice. Argumentan que el deseo está soldado a la ley, y soslayan que si el deseo está soldado a la ley no es por ella misma, que está vacía, sino precisamente por lo que no es capaz de soldar, por sus propios agujeros.

Todo este breve y elíptico rodeo tiene como finalidad situar el foco de nuestro interés. ¿A qué se refiere la tesis de la crítica como sabotaje cuando habla del poder performativo de los discursos? Podemos decirlo con Lacan: «Il y suffit de comprendre le stade du miroir comme une identification au sens plein que l'analyse donne à ce terme: à savoir la transformation produit chez le sujet, quand il assume une image» (Lacan 1966: 94).⁸ Y aunque el ensayo sobre el estadio del espejo, en tanto preparación de la formación del yo, se refiere al paso de un estado fragmentado del/a niño/a a una forma ortopédica de su totalidad, que Lacan ubica en torno al año y medio de vida, es innegable, y lo reconoce en varios lugares de su obra, que ello da la pauta para las identificaciones futuras cuando ese sujeto ya habite lo simbólico del pacto social. En ese mismo texto de 1949, ya anota que esa identificación se hace en virtud de un «je-idéal» (el *Ideal Ich* de Freud), que «será aussi la souche des identifications secondaries, dont nous reconnaissons sous ce terme les fonctions de normalisation libidinal» (Lacan 1966: 94).⁹

También en otro lugar recordará que según Freud «el yo está formado por la sucesión de las identificaciones» (Lacan 1981: 255), o que «cada vez que de modo analógico vuelve a producirse la asunción jubilaria del estadio del espejo [...] el deseo retorna entonces al sujeto» (Lacan 1981: 254). Ello nos viene a recordar que el proceso de construcción de una «identidad» no es un proceso detenido en un punto de la vida del sujeto, sino más bien una sucesión de reenunciaciones en la que los discursos hacen el papel de un espejo-imagen en la que el sujeto queda capturado. Quizá sería necesario añadir en este punto que en la medida en que el *Ideal Ich* posee un carácter universal, tiene que estar apoyado en una construcción silogística que «convenza» al viviente del tránsito desde el sí mismo al otro que le representa a él. Este es el añadido que la crítica como sabotaje aporta a la teoría lacaniana de la identificación.

⁸ «Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen» (de la traducción de Tomás Segovia 1971: 12).

⁹ «será también el tronco de las identificaciones secundarias, cuyas funciones de normalización libidinal reconocemos bajo ese término» (de la traducción de Tomás Segovia 1971: 12).

Que Phoebe «diga» el significado del otro cuando reprocha a su marido sus engaños supone que ese Otro soporta un imaginario que a ella le ha hecho ser lo que es, basado en el silogismo que lleva al deber ser de su «Yo-ideal». Lo que ese silogismo promete es que si el sujeto quiere alcanzar un ideal, debe trazar la línea de un comportamiento, que representa la conclusión de determinadas premisas. Y esta es la clave para entender qué significa que un discurso posea un poder performativo y modelizante, que sea capaz de crear una subjetividad.

Lacan afirma como un hecho crucial que esa identificación «situe l'instance du *moi*, dès avant sa détermination sociale, dans une ligne de fiction, à jamais irréductible pour le seul individu» (Lacan 1966: 94).¹⁰ El carácter ficcional de la imagen, su vacío, y su soporte en lo simbólico, también vacío, explican que un «modelo de mundo» no sea una construcción análoga al «mundo», sino a un «modelo de mundo» naturalizado y fosilizado como «mundo».¹¹ La segunda parte de la cita es la que permite pensar el modelo de mundo no como un punto de referencia subjetivo e individual, sino, más bien, como una dimensión colectiva y determinable objetivamente. Por una parte, que lo que llamamos «mundo» sea, en realidad, un modelo de mundo ficticio no le quita ninguna gravedad ni ningún peso, dado que esa ficcionalidad posee una capacidad performativa que establece una relación del organismo con su realidad.

Quiere decirse que los celos y la humillación experimentados por Phoebe son consecuencia performativa de un modelo de mundo en el que prima la concepción de la pareja como una propiedad privada más allá de ese engaño llamado pasión o falta de la misma. Su sufrimiento, y el que con sus palabras inflige a su todavía pareja, es el síntoma de un modelo de mundo fosilizado que ignora su propio deseo. Es en relación a estas consecuencias del modelo de mundo en el plano de la experiencia donde se sitúa el problema del hambre y de la precariedad.

Del mismo modo, cuando el narrador, en un estilo indirecto libre, asegura «But decomposing families was his speciality» (Roth 2007: 260), se sitúa él mismo y ubica al personaje como víctima de un modelo de mundo cuyo discurso del Amo dicta la prioridad de la familia burguesa y de sus reglas. Nadie podrá decir ni que el modelo de mundo de

¹⁰ «Sitúa la instancia del yo, aun desde antes de su determinación social, en una línea de ficción, irreductible para siempre por el individuo solo» (de la traducción de Tomás Segovia 1971: 12).

¹¹ Sobre la noción de modelo de mundo véase Asensi (2013) y Ferrús (2013).

la novela *Everyman* sea individual (su carácter colectivo forma parte de las catexis sociales capitalistas), ni que su carácter deformador e imaginario no contengan todo el peso de una experiencia dramática.

Se acaba de nombrar la razón por la que la crítica como sabotaje se propone como objeto de análisis tanto los modelos de mundo discursivos como los modelos de mundo naturalizados. Sin ese doble cometido, esta crítica perdería toda su fuerza al quedar aprisionada en una concepción mimética de los textos y al dejar fuera el campo de la verdadera fuerza de los modelos de mundo. Una ojeada al grafo citado anteriormente nos lleva a reflexionar sobre el lugar en el que pone su ojo la crítica como sabotaje, y, asimismo, sobre sus objetivos. La homología entre el piso inferior (lugar del consciente) y el piso superior (lugar del inconsciente)¹² nos explica por qué Lacan asegura que la labor desenmascaradora es inútil.

Quiere decir que, en el terreno de la clínica, todo trabajo que tenga lugar en el piso inferior, en la esfera de la imagen especular (en el grafo el punto indicado como *i (a)*) y de la acomodación del *moi* (yo psicológico), resulta banal dado que no toca el verdadero emplazamiento de la enunciación. De ahí que el núcleo de la práctica clínica lacaniana resida en la transferencia como forma de descubrir el deseo (del) sujeto, o del Otro en el sujeto: «Est celle qui conduit le mieux au chemin de son propre désir, —s'il se met, grâce au savoir-faire d'un partenaire du nom psychanalyste...» (Lacan 1966: 815).

III

Es importante llegar a este punto porque comienza a aclararse lo siguiente: aunque la crítica como sabotaje puede aliarse clínicamente con la terapia lacaniana, resulta obvio que no es una práctica clínica propiamente hablando, sino una investigación en torno a los mecanismos textuales (silogismos), generadores de modelos de mundo, y a su poder performativo. No cabe duda de que hay un punto de confluencia, dado que en ambos casos hay una preocupación por el sujeto, pero digamos una aparente obviedad: la crítica como sabotaje es un análisis del discurso, no una terapia entre un psicoanalista y un paciente. Esta obviedad nos permite tomar conciencia de que esta posición crítica posee una orientación que va tanto en la dirección del plano consciente como del plano inconsciente, tanto hacia

¹² De la homología entre los dos pisos habla Lacan, por ejemplo, en el seminario 11 (1987: 32).

el *moi* como hacia el *je*. Eso sí, se impone un cierto desmontaje de la arquitectura lacaniana, no por otra cosa sino porque se persiguen fines ligeramente diferentes.

Es bien sabido que la terapia lacaniana se opuso a la «cura» de los annafreudianos (la «troika americana» según Lacan (1981: 244), Kris, Hatmann y Loewenstein, etc.) para quienes el fin del psicoanálisis era «deshacer la represión y reducir los mecanismos de defensa a fin de aumentar el dominio del yo sobre el id» (Roudinesco 1995: 288).¹³ Para estos, la transferencia era algo secundario que solo debía analizarse una vez vencidos los mecanismos de defensa. Es de esto de lo que Lacan asegura que no sirve para nada, dado que el paciente sigue en el mismo plano del engaño. Al contrario, este sitúa la transferencia en primer plano como modo de acceder al deseo del sujeto que este desconoce. Hay pocas dudas a este respecto: «Le transfert dans cette perspective devient la sécurité de l'analyste...» (Lacan 1966a: 596).¹⁴ Ahora bien, como Lacan ubica la transferencia en la palabra (no en la palabra plena, sino en la se tropieza), es necesario reconocer el componente «discursivo» de la transferencia: «Par où nous allons tenter de définir en termes de pure dialectique le transfert qu'on dit [Freud] négatif dans le sujet...» (Lacan 1966a: 218).¹⁵ El sostén de la transferencia es, pues, el discurso, por mucho que podamos establecer distintos momentos en la relación entre el sujeto y dicho discurso.

Lo importante no es vencer la resistencia del sujeto, pues no hacemos más que ir de resistencia en resistencia, sino articular su deseo, hallar el camino para llegar a este. Tal y como escribió Jorge Alemán, «la ideología no es una ilusión o una falsa conciencia, es una articulación entre los significantes amos que surgen fuera de sentido, como designadores del encuentro con lo real» (Alemán 2009: 10). Con ello no hacemos más que repetir lo que Lacan ha dicho por activa y por pasiva a lo largo de sus textos, hasta el punto de convertirse en uno de sus tópicos. Sin embargo, no resulta tan fácil explicar en qué consiste ese llegar al deseo del sujeto. Cuando la crítica como sabotaje propone como uno de sus objetivos el análisis de una composición silogística, es porque presupone que en todo silogismo hay una fisura, y esa fisura es la que permite el ejercicio saboteador.

¹³ De todos modos, no viene mal recordar que esta posición clínica fue defendida por el mismo Freud en sus escritos finales. Así, por ejemplo, en «Análisis terminable e interminable» leemos: «la situación analítica consiste en que nos aliamos con el yo de la persona sometida al tratamiento con el fin de dominar partes de su *ello* que se hallan incontroladas; es decir, de incluirlas en la síntesis de su yo» (Freud 2012: 114).

¹⁴ «La transferencia en esa perspectiva se convierte en la seguridad del analista...» (Lacan 1971: 228)

¹⁵ «Por donde vamos a intentar definir en términos de pura dialéctica la transferencia de la que dice [Freud] que es negativa en el sujeto» (Lacan 1971: 40).

La pregunta es a dónde lleva esa práctica del sabotaje. Para explicar este proceso, vamos a volver al texto de Lacan «Subversion du sujet et dialectique du désir». Hay en él un momento especialmente importante en el que escribe:

C'est pourquoi la question de l'Autre qui revient au sujet de la place où il en attend un oracle, sous le libellé d'un: *Che vuoi?* que veux-tu? Est celle qui conduit le mieux au chemin de son propre désir,— s'il se met, grâce au savoir-faire d'un partenaire du nom de psychanalyste, à la reprendre, fût-ce sans bien le savoir, dans le sens d'un: Que me veut-il?¹⁶ (Lacan 1966c: 815)

Ese movimiento que va del «que veux-tu» al «que me veut-il» resume de forma compleja la relación del sujeto con el Otro situado en posición de dominio, si bien ese Otro se caracteriza precisamente por su falta de respuesta o por su carácter precario. Si partimos del presupuesto lacaniano según el que «el deseo del hombre es el deseo del otro», donde el «del» hace jugar su ambigüedad de genitivo objetivo y subjetivo, se apreciará de inmediato la complejidad de la pregunta. La ecuación es clara: si el deseo del hombre es el deseo del Otro, la dirección de la pregunta es doble, desde el sujeto hacia el Otro y desde el Otro hacia el sujeto. Como todo preguntar se hace en el medio del discurso, y como el significado es siempre significado del otro, esa doble dirección se incrusta en una «pregunta» (ahora entre comillas) que va desde la particularidad de la necesidad del sujeto a la universalidad de la respuesta del Otro. Y es en ese punto donde se ubica la crítica como sabotaje. Puesto que esta dice adoptar el punto de vista del subalterno, su preguntar por el otro, por lo que quiere la hegemonía, la institución o el Amo, adopta la forma de un preguntar en el medio del Otro por lo que este quiere. Es por esa razón que en el seminario 26 leemos:

Nous l'interrogeons [la *fonction du grand A*] parce qu'il n'est pas une part du discours qui, d'elle-même ne l'interroge. Je l'ai dit, de quelle façon si bien articulée, si bien mise en évidence par le discours analytique lui-même, dans la façon dont j'ai introduit l'hameçon puis-je dire, quand j'ai commencé de la dessiner ainsi [uno de los grafos que

¹⁶ «Por eso la cuestión de el Otro que regresa al sujeto desde el lugar de donde espera un oráculo, bajo la etiqueta de un *Che vuoi?* ¿qué quieres?, es la que conduce mejor al camino de su propio deseo, si se pone a reanudar, gracias al *savoir-faire* de un compañero llamado psicoanalista, aunque fuese sin saberlo bien, en el sentido de un: ¿Qué me quiere?» (Lacan 1971: 326).

muestra a continuación], brochant sur le graphe simplifié un point de interrogation qui le surmonte et que j'ai appelé — d'une référence au *Diable amoureux* — «*che vuoi?*» Le «*Che?*» veut dire: *que veut l'Autre? Je me le demande*.¹⁷ (Lacan 1980: 24)

Obsérvese que entre el primer fragmento citado y el segundo, hay un desplazamiento desde la pregunta *del* Otro a la pregunta *al* Otro, y es justo en esa ida y vuelta donde se sitúa la tarea esencial de la crítica como sabotaje. La diferencia entre la realidad fenoménica y la realidad discursiva (tal y como apunta De Man) no se reduce al mero desengaño, sino que trata de revelar el deseo del Otro en el sujeto subalterno. La interrogación no se limita al desenmarañamiento de un silogismo entimemático, sino que trata de dilucidar como un texto o discurso representa el deseo de un Amo que no siempre forma parte de la conciencia de la subalternidad. Aunque siguiendo de cerca a Freud, Alemán nos diga que «*la vida solo es soportable si se inventa una nueva relación con el superyó*» y si «cada uno se inventa una Ley que desmonte el artificio del superyó» (Alemán 2009: 62), la crítica como sabotaje se queda en una etapa previa, no fácil ni de hacer ni de superar: justo descubrir en el entramado discursivo los silogismos del Amo que llevan a actos, gestos y sumisiones. Lo de la invención de una nueva Ley plantea el problema de su límite y de la posibilidad de esa transgresión sin repetir la estructura de la Ley que se pretende poner en cuestión.

Téngase en cuenta que Lacan indica que esa pregunta «*que veut l'Autre?*» depende del «*savoir-faire d'un partenaire du nom psychanalyste*», y en consecuencia el trabajo de una crítica difícilmente llegaría a ese punto del análisis. Sin embargo, es bien sabido que el psicoanálisis ha tomado como objeto en muchas ocasiones los textos escritos, como ejemplifica el caso del doctor Shreber cuya base está tomada de las *Memorias* escritas por este. El inicio del análisis de Freud no puede ser más claro: «El doctor Schreber escribe...» (Freud 1971: 12). Y Lacan vuelve, asimismo a esas *Memorias*.¹⁸ Hay a este respecto una leve

¹⁷ «Interrogamos la función del A porque no hay aparte del discurso que por sí misma no la interroga, y he dicho de qué manera —tan bien articulada, tan bien puesta en evidencia por el discurso analítico mismo— en la forma como introduce el anzuelo, si puedo decir, anexando sobre el grafo simplificado el punto de interrogación que lo remata. Lo llamé, en referencia al *Diablo enamorado* de Cazotte, el *Che vuoi?* —¿*Qué quiere? ¿Qué quiere el Otro? Me lo pregunto*» (Lacan, 2008: 49). Sería interesante hacer un análisis de la traducción y de las distintas versiones de los textos lacanianos. Revelaría muchos aspectos de la transmisión de la enseñanza lacaniana.

¹⁸ Véase el texto «D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose» (Lacan 1966: 531-583).

corrección a la afirmación sobre la necesidad del terapeuta, y es que la respuesta (vacía) al «*Che vuoi?*» viene no solo por la compañía de un compañero psicoanalista, sino también de un compañero saboteador. Al decir más arriba que el «deber ser» implícito en la construcción de un «Ideal-Ich» depende de que el discurso adopte forma silogística, abrimos un camino que a la vez coincide con la práctica lacaniana y no coincide. Coincide porque, en efecto, se trata de preguntar qué quiere el Amo (el gran A), pero no coincide por dos razones.

La primera tiene que ver con el hecho de que el sabotaje no está tan interesado en el sujeto barrado de la producción discursiva como en los mecanismos silogísticos del discurso y en los efectos performativos sobre el sujeto barrado en tanto receptor. Su valor terapéutico se sitúa en un plano diferente al que ocupa Freud cuando dirige su mirada hacia Dostoievsky o Goethe, o aquel en el que se sitúa Lacan hablando a propósito de Poe o de Sófocles. Teniendo en cuenta la alianza indudable entre sabotaje y psicoanálisis lacaniano, y su potencial valor terapéutico, digamos que la crítica como sabotaje está interesada en los entramados textuales responsables de la creación de un modelo de mundo. Quizá ello sea proseguir, en cierto modo, la tarea iniciada por Lacan, mediante un desplazamiento del foco de atención, pero es una cuestión compleja que merece un tratamiento aparte. Se trata, en efecto, de la segunda razón.

Aunque el punto de articulación de la clínica lacaniana tenga que ver en parte con un combate en el terreno de lo real, no deja de ser menos cierto que en el plano del «moi» se persigue una «mejor» acomodación del sujeto en sus relaciones con el deseo del Otro. Si el movimiento de la crítica como sabotaje tiene lugar en el campo del yo psicológico definitivamente engañado, en ese mismo eje, por los silogismos discursivos, no es necesario descartar el gesto que señala las tramas que le perturban. Y es lo primero que se anunció en las propuestas iniciales de esta modalidad crítica, cuando se afirmaba que el objetivo era el sabotaje de «aquellas máquinas textuales lineales o no lineales [...] que presentan una composición silogística entimemática como algo natural, transparente o mimética» (Asensi 2011: 53). Estas líneas bastan para demostrar que el ejercicio del sabotaje opera en el nivel del yo psicológico, por su pretensión de descubrir un engaño. Y como se acaba de reconocer, ello no se puede descartar sin más ni más. Se ha dicho al principio: no se acomoda igual el amo que el esclavo. En consecuencia, no está mal proponerse como objetivo ese análisis de los entimemas.

IV

La mención de la dialéctica del amo y del esclavo nos recuerda un hecho fundamental. Si la crítica como sabotaje adopta el punto de vista del subalterno, hay que decir que el engaño del que hablamos no apunta únicamente hacia el discurso como proveedor de mascaradas, sino hacia el discurso del Amo que no ejerce sus efectos solo desde la conciencia. Si hablar de la conciencia de sí es, de acuerdo con Hegel, algo que solo puede lograrse a través de una lucha a muerte con vistas al reconocimiento; si, por decirlo en palabras del filósofo alemán, «El individuo que no ha arriesgado la vida puede sin duda ser reconocido como *persona*, pero no alcanza la verdad de este reconocimiento como autoconciencia independiente» (Hegel 1807: 116), entonces, por seguir con Hegel, la supresión de su estado de esclavo, de subalterno, diríamos nosotros, solo puede conseguirse por el dominio de la naturaleza y por el trabajo sobre la misma. Desde el punto de vista del sabotaje, ese trabajo del que habla Hegel es el trabajo sobre la materialidad del texto, la ardua tarea de una lectura lúcida, gris y atenta de la que Derrida, Foucault y De Man, sin duda, nos han marcado el camino. Lo que no aporta nada, de lo que no se extrae fruto en aras de una liberación parcial, es el abandonarse a la simple linealidad de las palabras o de las imágenes, la lectura pasiva de lo que se llama «placer estético».

El problema con el Amo es que no resulta tan fácil de ubicar como cree Hegel. La lección lacaniana consiste en demostrar que ese Amo no solo ejerce su poder desde la lucha de conciencias, sino asimismo desde el inconsciente. Uno puede inventarse nuevas formas de relacionarse con el Súper Ego, como propone Alemán (2009), el problema es que ese SúperEgo no puede verse del todo porque no siempre está presente y, por consiguiente, ¿cómo inventar nuevas relaciones con quien o con lo que no está ahí? Quizá sea ese el motivo del «fracaso» de la teoría crítica, o de las mitologías de Barthes, y por esa razón cualquier proyecto que pretenda proseguir esa labor, ha de pasar necesariamente por Lacan. Y una vez reconocida la dialéctica de la pregunta «¿qué me quieres?», se vislumbra que el objetivo central de la crítica como sabotaje es el análisis del lugar en el que el silogismo vacila, tartamudea y dice más de lo que cree decir. ¿Cómo sería posible desmontar un silogismo si no fuera porque este tropieza, se dobla ante sí mismo y deja entrever lo que a toda costa quiere ocultar? Ciertamente que a veces lo que se oculta no se halla tan falto de luz, pero nos debe preocupar más aquello que en el silogismo aparece velado que no aquello que se muestra.

¿Qué solidez posee el silogismo en la novela de Roth que hemos comentado en los inicios de este texto? Se aprecia una brecha importante en el momento en que Phoebe lanza su filípica contra la infidelidad matrimonial. En primer lugar, su tránsito desde lo particular (su marido y ella misma) a lo general. Repitamos sus palabras: «The man loses the passion for the marriage and he cannot live without. The wife is pragmatic. The wife is realistic. Yes, passion is gone, she's older and not what she was, but to her it's enough to have the physical affection, just being there with him in the bed, she holding him, he holding her» (Roth 2007: 203).

En estas palabras no se trata de su marido y de ella misma, sino del hombre en general y su esposa. Todos los hombres, sometidos por su pulsión sexual, van en pos de la pasión, y todas las mujeres, llevadas por su instinto de conservación, son capaces de arreglárselas sin esa pasión. ¿No se trata de un silogismo obvio que pasa de lo particular a lo general como si de cierto existiera eso que se llaman hombres y mujeres como cuerpos, géneros y psicologías bien delimitados? No vale la pena ni siquiera mencionar por qué ello se parece al argumento del caldero freudiano.

Pero no conviene detenerse aquí. La asociación entre «pragmatic» y «realistic», fónica y semántica, da a entender que vivir supone acomodarse en el imaginario sin pasión, y ello revela la verdad para ella del matrimonio burgués *tout court*. Si la realidad humana encuentra una sustancia contundente en la pulsión de vida, es claro que el discurso de Phoebe apunta hacia una pulsión de muerte, puesto que desde su punto de vista se puede vivir sin pasión. ¿Quiere Phoebe el falo a costa de tener un cadáver entre sus piernas? Cuando asegura que quiere estar en la cama con su marido solo abrazándolo, sin más historia que la del afecto, da la sensación de que desea el falo a pesar de la muerte. Pero he aquí que el significante del silogismo resuena en todo su esplendor metafórico en el momento en que ella menciona la «physical affection». Si esta «afección» se corresponde con la expresión física de unos sentimientos, y lo recalca el adjetivo «physical», entonces hay algo más que pulsión de muerte en Phoebe. Esa dimensión física conecta con su deseo sexual. Entre la ausencia de pasión, mencionada explícitamente, y el afecto físico hay una contradicción que tiene que ver con el deseo de ese personaje femenino.

Más aún, si sus palabras son contundentes, agresivas, trágicas, es porque está proyectada, como decíamos antes, sobre una posición sado-masoquista. Su goce depende de ese maltrato de ida y vuelta, no como una violencia física, sino como sujeto que le dicta al Amo las palabras que quiere que le diga. Ella le acaba de confesar que siempre

ha mirado hacia otro lado («I can no longer look the other way. I looked the other way with that secretary» (Roth 2007: 196)), que ella ya sabía que la engañaba. En vez de irse aguantó hasta que la humillación fue demasiado lejos («But the humiliation has now gone too far»), dejando claro que ella ya conocía los engaños del marido. Es una estructura rara, casi fría (aunque la escena sea caliente), acusa al marido de engañarla cuando ella ya sabía que era una engañada (y la historia de la secretaria es más succulenta que la de la danesa), pero si reacciona ahora es por una especie de goce calculado. Por eso escribe Deleuze: «El yo masoquista solo está aparentemente destruido. ¡Llama la atención toda la burla, y el humor, la rebeldía invencible y el triunfo, existentes en un yo que se confiesa tan débil!» (Deleuze 1967: 121).

Naturalmente la palabra clave en ese fragmento es «humiliation», porque es el término que nos abre a la experiencia masoquista, aquella que disfruta en y por la voz, y que extrae de ella todo su goce. Es claro que la posición sádica y la masoquista no son equivalentes, pero ello no significa que no pueda pasarse de una a la otra, y de hecho Phoebe pasa sin pestañear del masoquismo al sadismo en la misma escena. De humillada pasará a humillar, a la condena del marido, el cual quedará apresado en el remordimiento, que está en la base del silogismo de Roth. El protagonista ya había dicho: «if he hadn't wronged her, if only he hadn't lied!» (Roth 2007: 180). Teniendo presente que esas palabras están dichas dentro de un estilo indirecto libre, de forma analéptica, se comprenderá que son la consumación del castigo dictado por el Amo encarnado en Phoebe. El protagonista, buscando la pasión, ha encontrado la humillación. Es el juego de engaños de la pareja burguesa en la que la posición de los cónyuges está obligada a encontrar en su camino el engaño, y la pérdida, a veces bajo la pasión sadomasoquista. Y estas no son las aristas invisibles del silogismo de Roth, ese que vive al amparo de un remordimiento que lo conduce a una posición nihilista y a producir un discurso entimemático falso, aunque no más falso que cualquier relación burguesa que extrae goce de las ortopédicas estrecheces de la propiedad privada.

No es este el lugar para extenderse en relación al hecho de que en un texto literario se establece una conexión a tres niveles: el sujeto de la escritura (Philip Roth), el sujeto de la enunciación (vacío) y los mediadores conceptuales que son los personajes. Pero con el fin de completar la argumentación que se viene haciendo, adelantemos que entre esos tres niveles hay un hilo de conexión responsable de la constitución de un modelo de mundo.

Si la enunciación de una novela como *Everyman* es desconocida para el propio Roth por corresponder al je del S(A) (significante del Otro), ello no significa que deje de ser

el responsable de un silogismo a caballo entre su inconsciente y su consciente. Ese mismo hecho hace que el silogismo textual no sea evidente, pues el sujeto de la enunciación está vacío y siembra las dudas lógicas en torno al «querer-decir» (*Bedeutung*) del sujeto de la escritura. Hasta cierto punto, esas dudas se despejan cuando se analiza el conjunto de obras del autor (la psicocrítica conocía este hecho muy bien) y los síntomas metafóricos que revelan (Mauron 1963). Sin embargo, el vínculo entre el sujeto de la enunciación literaria y el sujeto del enunciado resulta más fácil de detectar por el hecho de que se produce una contaminación entre el punto de vista y lo narrado. Así, por ejemplo, toda la narración de *Everyman* muestra unas constantes entre la modalización del narrador y la modalización de los personajes principales.

No obstante, dado que el sujeto de la enunciación depende de una enunciación inconsciente (la del autor o autora), el fundamento del silogismo es difícil de percibir, pues su «origen» nos es desconocido. La única vía es, de nuevo, el lugar donde el significante del silogismo vacila, allí donde el acto fallido triunfa, puesto que, como dirá Lacan, «nuestras palabras que tropiezan son palabras que confiesan. Unos y otras revelan una verdad de atrás» (Lacan 1981: 386). Esa verdad de atrás, de más atrás del sujeto de la escritura, es lo que la crítica como sabotaje persigue en su atención a una composición silogística. Y lo que la justifica es precisamente el hecho de que ese silogismo dice más de lo que quiere decir, y a pesar de todo lo dice. Lo que el discurso directo de Phoebe pone de relieve es algo que no queda en su superficie textual, esa que toda esposa «engañada» subraya frenéticamente al leer la novela de Roth, sino que asoma, se deja ver, en esas contradicciones que se ubican en el tránsito de lo particular a lo universal, en los significantes «physical affection» o «humiliation», en el tono apocalíptico, etc. Mientras a Freud o Lacan les interesaría, sobre todo, la topología psíquica de Roth, al sabotaje le preocupa el poder modelizante del silogismo de una novela que puede llevar al lector a creer de verdad los valores que transmite ese modelo de mundo.

REFERENCIAS

- ALEMÁN, Jorge
2009 *Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Ediciones Grama, Serie Tri.
- ASENSI PÉREZ, Manuel
2011 *Crítica y Sabotaje*. Barcelona: Anthropos-Siglo XXI.
2013 «Modelos de mundo y lector/as desobedientes». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (coords). *Anthropos. Cuadernos de cultura crítica y conocimiento 237*, pp. 17-30.
2014 «El teatro de marionetas en Bajtín: la crítica como sabotaje ante la polifonía». *Signa*, N. 23, pp. 297-296.
- BLOOM, Harold
1973 *The Anxiety of Influence. A Theory of Poetry*. New York: Oxford University Press.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI
1985 [1972] *L'Anti-OEdipe. Capitalisme et schizophrénie*. Paris: Minuit. Traducción española *El Anti-Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- DELEUZE, Gilles
1973 [1967] *Presentación de Sacher-Masoch. El frío y el cruel*. Madrid: Taurus.
- DE MAN, Paul
1990 *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor.
- FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (coords.)
2013 «La crítica como sabotaje de Manuel Asensi». En *Anthropos. Cuadernos de cultura crítica y conocimiento*, N. 237.

FERRÚS, Beatriz

- 2013 «¿Sólo a mí me estorban los libros para salvarme?: Sor Juana Inés de la Cruz, crítica como sabotaje, feminismo e historiografía literaria». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (eds.). *Anthropos. Crítica y sabotaje*, pp. 99-112.

FREUD, Sigmund

- 1971 *Paranoia y neurosis obsesiva*. Madrid: Alianza Editorial.
2012 «Análisis terminable e interminable». *Introducción al narcisismo y otros ensayos*. Madrid: Alianza Editorial.

GREIMAS, Algirdas Julien

- 1971[1966] *Sémantique structurale: recherche de méthode*. Paris: Librairie Larousse. Traducción española *Semántica estructural: investigación metodológica*. Madrid: Gredos.

GUATTARI, Félix y Sony ROLNIK

- 2006 [2005] *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueño. Petropolis, Editora Vozes Ltda. El libro fue publicado originalmente en portugués.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich

- 1966 [1807] *Fenomenología del espíritu*. México: FCE.

LACAN, Jacques

- 1966a *Écrits I y II*. Paris: Seuil.
1966b «Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je telle qu'elle nous est révélée dans l'expérience psychanalytique». En *Écrits I y II*, pp. 93-100.
1966c «Intervention sur le transfert». En *Écrits I y II*, pp. 215-226.
1966d «Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien». En *Écrits I y II*, pp. 793-827.

- 1971 «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano». En *Escritos 1*. México: Siglo XXI, pp. 305-339. Traducción de Tomás Segovia a partir de la edición 1966. Las citas de este texto se extraen de las dos ediciones.
- 1979 *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- 2008 [1980] *D'un Autre à l'autre (1968-69)*. *De Otro al otro. El seminario, Libro 16*, Barcelona: Paidós.
- 1981 [1975] «Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)». *El seminario, Libro 1*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós.
- 1987 [1973] *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. El seminario, Libro 11. Barcelona: Paidós.
- MAURON, Charles
- 1963 *Des métaphores obsédantes au mythe personnel. Introduction à la psychocritique*. París: Jose Corti.
- ROTH, Philip
- 2007 [2006] *Everyman*. London: Vintage Books.
- 2008 *Elegía*. Traducción española de Jordi Fible. Barcelona: Debolsillo.
- ROUDINESCO, Elisabeth
- 1995 *Jacques Lacan. Esbozo de una vida, historia de un pensamiento*, Barcelona: Anagrama. La edición francesa en Arthème Fayard es de 1993.
- TESNIÈRE, Lucien
- 1976 *Eléments de syntaxe structurale*. Paris: Klincksiek. Traducción española *Elementos de sintaxis estructural*. Madrid: Gredos, 1994.